

¿La Democracia Liberal Occidental como Nuevo Orden Mundial?*

En una edad de creciente interdependencia global, el Dr. Michael Karlberg cuestiona si el modelo occidental de democracia es la vía natural e inevitable de organizar las sociedades libres e iluminadas.

El triunfo del orden social occidental fue ampliamente vitoreado en las décadas finales del s. XX. Se proclamó “*el final de la ideología*” y se anticipaba una edad de prosperidad global impulsada por las fuerzas conjuntas del capitalismo global de libre mercado y la democracia liberal.¹ En los años siguientes, el vacío dejado por el colapso de la Unión Soviética, junto con nuevas tensiones creadas por lo que se percibe como un “choque de civilizaciones”² ha llevado a los defensores del capitalismo de libre mercado y de la democracia liberal occidental a aumentar sus esfuerzos por exportar o por imponer esos modelos en los estados ex-comunistas, en las naciones musulmanas y por el resto del mundo.

Hasta el momento, el aspecto del capitalismo del mercado libre global ha sido tema de considerable crítica en prensa popular y académica.³ También ha conducido al nacimiento de multitud de activistas y organizaciones de justicia global que se han vuelto más visibles y sonados a través de diferentes estrategias como manifestaciones populares y protestas organizadas a través de internet. Se han expresado preocupaciones sobre las crecientes disparidades globales entre riqueza y pobreza, la ausencia de criterios ambientales y laborales y mecanismos de presión en el mercado global, los impactos devastadores de la especulación de monedas y la fuga de capitales de los países, el poder en aumento de las corporaciones multinacionales por lo general no sometido a regulación alguna, la naturaleza no democrática de instituciones financieras y de organizaciones de trabajo globales, además de un largo conjunto de otros temas.

Es significativo que estas críticas del proyecto capitalista de libre mercado global han provenido frecuentemente de autores y activistas que están en el mundo occidental mismo. No puede decirse lo mismo, sin embargo, del proyecto de exportar la democracia liberal. Por todo el Occidente, se sigue dando por hecho que el modelo democrático es la forma natural e inevitable de organizarse en las sociedades libres e iluminadas.

Pero sí existe una perspectiva alternativa. ¿Podría decirse que la democracia liberal occidental –o lo que podría denominarse con más precisión la democracia competitiva– se ha vuelto anacrónica, injusta e insostenible en una edad de interdependencia global?⁴ “*Los signos de convulsiones y caos inminentes*”, escribió Bahá’u’lláh, “*pueden discernirse ahora, por cuanto el orden prevaleciente resulta ser deplorablemente defectuoso*”.⁵

* Michael Karlberg, “Western Liberal Democracy as New World Order?” *The Bahá’í World 2005-2006: An International Record*, ed. Robert Weinberg, trad. Nobel-Augusto Perdu Honeyman (Haifa, Israel: World Centre Publications, 2007), pp. 133-156.

La democracia competitiva

La democracia liberal occidental, en su esencia, está basada en la premisa de que el gobierno democrático exige que las personas y los grupos compitan por el poder político. La forma más reconocible que adopta es el sistema de partidos. La competencia política también se produce sin partidos políticos formales en muchas elecciones locales así como cuando concurren candidatos independientes en elecciones locales, regionales, estatales o nacionales. En todos estos casos, sin embargo, la estructura competitiva subyacente es la misma, y esta estructura subyacente es la que se ha vuelto anacrónica, injusta e insostenible.

Estamos de acuerdo en que la democracia competitiva representa un valioso y significativo logro histórico. Ha resultado ser una forma de gobierno más justa que la forma de gobierno aristocrática o la sacerdotal a las que ha sustituido. Representa también una adaptación razonable a las condiciones sociales y ecológicas que prevalecían cuando emergió. Pero la teoría y la práctica de la competencia política emergieron en los primeros días de la revolución industrial, cuando las poblaciones estaban todavía relativamente aisladas entre sí y tenían un tamaño relativamente pequeño. Es anterior a la invención de la electricidad, al motor de combustión interno, al viaje por avión, a la radio y televisión, a los ordenadores, al Internet, a las armas de destrucción masiva, a los apetitos de consumo en masa, y al capitalismo global de libre mercado. En los tres últimos siglos, nuestro éxito como especie ha transformado las condiciones de existencia en estos órdenes y muchos más.

Las democracias competitivas, por motivos que se expondrán aquí, parecen ser incapaces de tratar con estas nuevas realidades. No obstante, las poblaciones occidentales, hoy por hoy, viven en un estado de negación con respecto a la naturaleza anacrónica de los sistemas políticos competitivos. Cuando se cuestiona la condición de estos sistemas, tienden a centrarse esos cuestionamientos en expresiones superficiales en vez de en las causas estructurales subyacentes. Por ejemplo, en muchos países occidentales se ha vuelto normal lamentarse del aumento de la negatividad de la retórica política partidista. El discurso político, sugieren algunos comentaristas, sufre de un deterioro de civismo y es cada vez más indigno. Como resultado, los políticos están bloqueados y no pueden afrontar los complejos problemas que tienen delante.⁶ Incluso muchos políticos electos han expresado estas preocupaciones. En una colección de ensayos de ex-senadores publicada al cierre del siglo XX, uno de ellos se inclinaba a *“lamentar el creciente nivel de vituperación y partidismo que ha impregnado el ambiente y el debate en el Senado”*.⁷ Otro de ellos observaba que *“el bipartidismo ... ha sido sustituido por los arreglos rápidos, los aforismos y, lo que es más dañino, la demonización de aquellos con los que no estamos de acuerdo”*.⁸ Otro sostenía que *“hay mucho más partidismo que cuando yo llegué a Washington hace dos décadas, y mucho de ello sirve poco a la nación”*.⁹ Otro más escribía que *“nuestro proceso político necesita volver a civilizarse”*, debido a la *“creciente polarización del electorado, la mentalidad nosotros-contra-ellos”* que *“ha dado al traste con la antigua preponderancia del debate razonable”*.¹⁰

Declaraciones como éstas presentan preocupaciones legítimas sobre el estado del discurso partidista. Según estas opiniones, la competición política y la política de partidos son la forma natural, normal e inevitable de organizar el gobierno democrático; el problema sólo surge cuando la retórica partidista se vuelve demasiado indigna y de enfrentamiento. Tal como menciona el sociolingüista Deborah Tannen, *“Se ha impuesto cierto tipo de inflación agónica en la que la oposición se ha vuelto*

más extrema y de forma rutinaria se abusa de la naturaleza del sistema de confrontación de adversarios".¹¹

Tannen atribuye este “*ambiente más general de lucha*”, o este “*nueva actitud*” de los partidistas políticos a una más amplia cultura combativa que está corrompiendo el sistema partidista para pasar a ser modelos más conflictivos de interacción, conduciendo a un bloqueo, al crecimiento de la corrupción y a la desaparición de aquellas reglas no escritas de civismo, cooperación y compromiso.¹²

Las semillas de la democracia competitiva

La crisis de civismo, la implantación de la mezquindad, el problema del bloqueo y la expansión de la corrupción política –suponiendo que estas cosas efectivamente se han ido deteriorando con el tiempo– no son abusos ni corrupciones del sistema de partidos. Esos resultados son la culminación –el “*perfeccionamiento*”– de un sistema que la politóloga Jane Mansbridge denomina “*democracia adversaria*”.¹³ Son el fruto amargo inherente a las semillas de la democracia competitiva. “*No hay dos personas de quienes pueda decirse que están unidos tanto interior como exteriormente*”, escribió Bahá'u'lláh.¹⁴

Para mayor precisión, esas semillas son los supuestos más profundos sobre la naturaleza humana y el orden social que subyacen a la competencia política. El primero de estos supuestos es que la naturaleza humana es esencialmente egoísta y competitiva. El segundo supuesto es que los diferentes grupos de personas desarrollarán de forma natural diferentes intereses, necesidades, valores y deseos, y que esos intereses estarán siempre en conflicto. El tercer supuesto es que, dada una naturaleza humana egoísta y el problema de conflicto de intereses, la forma más justa y eficiente de gobernar una sociedad es resolviendo esta dinámica mediante un proceso abierto de competencia de grupos de interés.

Basado en estos supuestos, no debe ser ninguna sorpresa que los frutos de la democracia competitiva incluyan los resultados mencionados de la crisis de civismo, la implantación de la mezquindad, el problema del bloqueo y la expansión de la corrupción política. Son resultados esperados si aceptamos y oficializamos tales supuestos. De hecho, éste es el motivo por el que algunas democracias competitivas han establecido una serie de contrapesas y límites en un esfuerzo por limitar la acumulación excesiva de poder en manos de un grupo de interés concreto. También es el motivo por el que algunas democracias competitivas han intentado cultivar, dentro de sus propios sistemas políticos, códigos de civismo y de ética destinados a controlar las expresiones más viles de la competencia política. Y es también la razón por la que la mayoría de las democracias competitivas luchan, hasta hoy, por sobrevivir inmersos en los peores excesos de competencia política experimentando con límites temporales de mandato, reformas de financiación de campañas y otros recursos tapagujeros. Sin embargo ninguna de estas medidas cambia de forma fundamental la naturaleza del fruto del sistema, porque el fruto es inherente a los supuestos internos del sistema: sus semillas.

Para entender mejor esta relación inherente, considere la metáfora del mercado que se suele invocar como modelo para la competencia política. La democracia competitiva se concibe generalmente como un mercado político en el que los profesionales de la política y los partidos que incorporan intentan promover sus intereses mediante

competencia abierta.¹⁵ La “*mano invisible*” del mercado supuestamente trabaja para dirigir esta competencia hacia el máximo beneficio público. En palabras de Lyon:

Los defensores del gobierno de partidos argumentan que desde una perspectiva más amplia del “*mercado político*” donde diversos partidos, los medios de comunicación, los grupos de intereses y las personas interactúan unos con otros, se hace un servicio a las necesidades democráticas de una manera misteriosa ... [como si] estuviera operando otra “*mano invisible*”.¹⁶

Dentro de este modelo de mercado, los partidos políticos se alían alrededor de conjuntos de intereses con objeto de aunar su capital político. Entonces, a través de la competencia, se determina el liderato y el control dentro de los partidos y entre uno y otro, mientras los políticos y los partidos se organizan para luchar por y ganar las elecciones. No obstante, la lógica de la competencia electoral hace que la meta de ganar triunfe sobre todos los demás valores.

Los partidos pueden proponerse realizar un programa de principios políticos “*ideales*”, pero, a menos que sus actividades estén basadas en estrategias sistemáticas para lograr el éxito electoral, estarán condenados al fracaso. En consecuencia, los partidos se transforman, por encima de todo, en medios de combatir y ganar elecciones.¹⁷

Una vez que el liderato y el control se determinan mediante competiciones electorales, los procesos utilizados para la toma de decisiones públicas se organizan en forma de proceso de debate entre contrarios. En teoría, el debate político funciona como un “*mercado de ideas*” abierto en el cual prevalecen las mejores ideas, otra vez mediante la intervención de una hipotética mano invisible. En la práctica, la lógica del sistema competitivo transforma el debate en una lucha sobre el capital político. La victoria comporta una ganancia de capital político, la derrota implica una pérdida. El debate se convierte, pues, en una extensión de proceso electoral mismo, lo cual ofrece un escenario de “*campañas permanentes*” o de competiciones interminables sobre el capital político, en anticipación de la siguiente ronda de elecciones.¹⁸

Buena parte de la toma de decisiones políticas tiene lugar fuera de los debates públicos formales. De hecho, estos debates a menudo sirven de poco más que de teatro de apariencias para los procesos de negociación y regateo políticos que tienen lugar tras los escenarios. Pero estos procesos tras los escenarios tienden a caracterizarse por una dinámica competitiva similar.¹⁹ Estos procesos implican no solo a los oficiales electos sino también a los miembros de los *lobbies*, semilleros de ideas, estrategas de medios de difusión y numerosos tipos de grupos de acción política, todos ellos en lucha entre sí para presionar a políticos, condicionar la difusión de noticias e influir en la opinión pública en formas que promuevan sus propios programas políticos e intereses.

El fruto de la democracia competitiva

La competencia de grupos de interés no tiene necesariamente relación con las metas de justicia social y sostenibilidad ambiental. Al contrario, la estela de la democracia competitiva es clara. Es una estela de crecientes disparidades entre ricos y pobres.²⁰ También es una estela de aceleración de destrucción ecológica.²¹ Por ello, los problemas de la democracia competitiva, algunos de los cuales se mencionan aquí, van mucho más allá del deterioro del civismo y la mezquindad.

La influencia corruptora del dinero

En teoría, cuando hay excesos y deficiencias en la operación de la economía de mercado, un gobierno democrático debería poder regularlos y remediarlos. Sin embargo, la práctica de la competencia política casi lo imposibilita. Los motivos no son difíciles de entender. La competencia política es una actividad cara, cada generación más cara. Las campañas ganadoras son costeadas por aquellos que cuentan con el apoyo económico (directo e indirecto) y los actores de mercado más poderosos (es decir, los que se han beneficiado más de los excesos y las deficiencias del mercado).

El problema del dinero en la política está muy reconocido y en buena medida es la causa del cinismo y la apatía reflejados en la baja participación electoral. No obstante, rara vez se explica la causa subyacente de este problema ni se afronta con seriedad. Oímos llamamientos ocasionales de reforma del sistema de financiación de campañas y otras medidas regulatorias similares. Pero la raíz del problema es la competencia política misma. Desde el momento en que estructuramos las elecciones como competiciones, que inevitablemente requieren dinero para ganar, invertimos la relación adecuada entre el gobierno y el mercado. En vez de que exista nuestro mercado dentro de los límites de la regulación gubernamental, nuestro gobierno se encuentra cautivo dentro de los límites de la regulación del mercado.

Mientras el sistema de gobierno siga organizándose de manera competitiva, esta relación no puede corregirse del todo. Cualquier plan encaminado a retocar las reglas por aquí o por allá sólo conducirá a que el dinero fluya por nuevas vías. Así ocurre, por ejemplo, con los intentos de reformar la financiación de campañas. Las nuevas formas de contribución sólo eclipsan las *antiguas*. Incluso si las sociedades pudieran eliminar por completo las financiaciones de campañas, el dinero sencillamente fluiría a través de otros puntos de influencia política como por ejemplo las camaleónicas especies de grupos de acción política que ejercen influencia sobre la difusión pública de los grandes temas, formación de opinión pública, resultados electorales y muchos otros procesos. En un sistema de competencia política en que los candidatos luchan por ganar difusión, opinión pública y votos favorables, el dinero siempre fluye hacia los puntos más eficaces de influencia política igual que el agua siempre fluye hacia el punto de menor elevación. Podemos alterar la vía de ese flujo, pero no podemos detenerlo.

Este problema es una de las principales causas de las crecientes disparidades entre riqueza y pobreza que se ven ahora por el mundo occidental. Los mayores desequilibrios de ingresos no son solo resultado de la economía de mercado misma. Son resultado de la economía política competitiva que lleva emparejada. A través de esta economía política, los actores de mercado más ricos definen el marco de mercado en el que acumulan riqueza. Este marco comprende los sistemas de leyes de propiedad, derecho laboral, derecho tributario y todas las demás formas de legislación, de infraestructura pública y de subsidios públicos que rigen los resultados de mercado. En las democracias competitivas, con el paso del tiempo este modelo va siendo definido por los actores de mercado más ricos, debido a la influencia del dinero en la competencia política. El resultado cierra el círculo entre economía y política que retroalimenta los intereses de los segmentos más ricos de la sociedad.

La subordinación del gobierno a las fuerzas del mercado tiene también implicaciones para el medio ambiente. En los mercados no regulados, las decisiones sobre producción y consumo se basan solamente en los costes internos de fabricación, que incluyen la mano de obra, los materiales, el equipo de fabricación y la energía. Estos costes internos determinan los precios de venta al público que pagan los consumidores por los productos, lo cual influye en la cantidad que consume la gente. Pero estos costes no siempre reflejan los verdaderos costes sociales o ecológicos de un producto. Muchas industrias generan costes externos que nunca se facturan en el precio de un producto porque no se consideran costes de producción en sí.²² Por ejemplo, las industrias que contaminan el ambiente crean cuantiosos costes públicos de tratamiento de enfermedades o de impacto ambiental que rara vez se facturan en los costes reales de producción. En lugar de ello, estos costes son pagados por la sociedad entera, por las generaciones futuras e incluso por otras especies. Debido a que un mercado no regulado no rinde cuentas por estos costes externos, los precios de los productos que tienen elevados costes externos se mantienen artificialmente bajos. Estos precios artificialmente bajos potencian el consumo de los productos que causan más daño social y ecológico. Por estas razones, las economías de mercado son ecológicamente insostenibles a menos que estén meticulosamente regulados por gobiernos que repercutan esos costes sobre los precios de los productos mediante “*impuestos verdes*” y otros medios.²³ Sin embargo, tal como se ha argumentado, en un sistema político competitivo los mercados no se regulan de manera responsable porque el sistema subordina la toma de decisiones políticas a las influencias de mercado. Los mercados regulan las democracias competitivas en vez de al revés.

Finalmente, los costes sociales y ambientales de la competencia política convergen en el caso del “*racismo ambiental*” y de otras injusticias relacionadas.²⁴ Las minorías étnicas, los pobres y las mujeres tienden a padecer más los efectos del deterioro ambiental porque hay mayor probabilidad de que vivan o trabajen en áreas de mayor degradación y con mayores riesgos de salud ambientales. Estos segmentos de población tienen menor capacidad de influencia en la toma de decisiones políticas debido su mayor índice de privación de privilegios civiles o electorales. Como resultado, las prácticas ambientales que rara vez se tolerarían en las áreas de grupos más acaudalados se desplazan hacia las de los grupos política o económicamente marginados. Éstos son los que pagan la mayor parte de los costes de dichos gastos ambientales externos.

Exclusión de perspectiva y sobre-simplificación de problemas

Además del problema del dinero, la competición política no ofrece un medio eficaz de entender y resolver problemas complejos porque reduce la diversidad de perspectivas y de opiniones en los procesos de toma de decisiones. Esto se debe a varios motivos. En primer lugar, la competencia política conduce a un modo de debate de enfrentamiento que generalmente se reduce a la premisa de que si una perspectiva es correcta entonces la otra perspectiva debe ser errónea. En teoría, prevalece la perspectiva más iluminada o informada. Esto presupone que los problemas complejos pueden entenderse adecuadamente desde una sola perspectiva. Sin embargo, captar adecuadamente la mayoría de los problemas complejos requiere que sean considerados desde perspectivas múltiples, a menudo complementarias. Los problemas complejos tienden a tener múltiples facetas –como objetos de muchos lados que deben verse desde diferentes ángulos para captarlos íntegramente y

entenderlos. Las perspectivas diferentes revelan, pues, diferentes facetas de problemas complejos. El máximo entendimiento emerge mediante la consideración cuidadosa del mayor número posible de facetas.

La competición política milita contra este proceso porque presupone el carácter de enfrentamiento en vez del de complementariedad para las opiniones diferentes. Uno no puede ganar capital político a expensas del oponente a menos que haya un ganador y un perdedor. Como resultado, la competición política reduce los problemas complejos a oposiciones binarias en las que sólo puede prevalecer una de las dos opciones. Esto es lo que Blondel denomina “*la maldición de la super-simplificación*”.²⁵

Este problema se agudiza con los sectores de medios de comunicación hipercomercializados que están emergiendo en la mayoría de las sociedades occidentales, productos de la economía política antes mencionada. Éstas son propulsadas por la lógica de fabricar audiencias de masas para poder venderse como publicistas. La forma más barata, y por ende más rentable, de fabricar audiencias de masas es mediante el montaje de un espectáculo, incluido el espectáculo político partidista. Así la difusión política queda reducida a una fórmula de política de eslóganes en que unos eslóganes con carga emocional se convierten en el acceso a la esfera pública. Como resultado, unos mantras políticos simplistas resuenan por toda la esfera política, distorsionando la naturaleza compleja de las materias en cuestión, forzando la percepción pública y agravando las divisiones partidistas. En semejante ambiente, es prácticamente imposible resolver problemas ambientales y sociales complejos y multidimensionales.

Una consecuencia parecida de este modelo competitivo es la exclusión e inhibición de voces diversas que evitan la arena del servicio público o se retraen de él debido al ambiente simplista y hostil. Semejante ambiente no es atractivo para las personas que, por naturaleza o formación o una combinación de ambas, no se sienten inclinadas al debate de enfrentamiento simplista ni cómodas con ella, a pesar de que puedan tener importantes contribuciones que ofrecer. Aparte de las injurias partidistas, el debate de enfrentamiento no conduce al mejor razonamiento siquiera entre las personas más seguras. Esas condiciones pueden silenciar por completo a las personas que se sienten menos confiadas y menos agresivos, o sencillamente las que sean más consideradas.

Por extensión, las confrontaciones entre contrarios también tienden a privilegiar a los varones que, una vez más por naturaleza o por formación o por combinación de ambas, tienden a ser más agresivos que las mujeres y así tienen ventaja en el terreno de la confrontación.²⁶ La desventaja resultante experimentada por muchas mujeres también pueden experimentarlo algunos grupos minoritarios que, para poder sobrevivir, han aprendido a adoptar posiciones de precaución y resguardo con relación a los grupos dominantes. Además, las mujeres y las minorías pueden estar en posición aún más desventajosa porque a pesar de que las expresiones masculinas de agresión o del grupo dominante a menudo se consideran naturales o apropiadas, los mismos tipos de expresiones, cuando son empleadas por mujeres o grupos subordinados, a menudo se ven como no naturales e inadecuados. Así, no reciben las mismas recompensas las mujeres “*y las minorías para los mismos comportamientos de confrontación*”.²⁷ Al inhibir y excluir a diversos grupos sociales de esta manera, la competencia política y el debate entre adversarios tienden a empobrecer el discurso público y a minar la resolución de problemas complejos.

El problema de tiempo-espacio

La política partidista también es inherentemente incapaz de afrontar problemas a lo largo del tiempo y el espacio. Los asuntos ambientales y sociales complejos generalmente requieren planificación y compromiso de largo plazo. Sin embargo, los sistemas políticos competitivos, están inherentemente limitados por horizontes de planificación de corto plazo. Con objeto de ganar y mantener el poder, los profesionales de la política tienen que atender los intereses inmediatos de su electorado para que se puedan obtener resultados visibles dentro de ciclos electorales relativamente frecuentes. A pesar de que los compromisos políticos de largo plazo son delineados en principio por un candidato o un partido, a menudo la continuidad se ve afectada por los siguientes candidatos o partidos que desmantelan o no aplican los programas de sus predecesores para distanciarse de las políticas que anteriormente estuvieron obligados a atacar en la campaña electoral o por encontrarse en la oposición. Por ello, como las campañas y los partidos políticos se centran en un electorado del presente, esto mina el compromiso con los intereses de generaciones futuras. Un lugar destacado entre los intereses de las generaciones futuras es la sostenibilidad ambiental. Al degradar nuestro ambiente hoy, empobrecemos las generaciones futuras.

Muchos problemas sociales, desde la pobreza al crimen, pasando por la dependencia de las drogas y el abuso doméstico, también requieren estrategias y compromisos de largo plazo. Hacen falta inversiones de largo plazo en educación, en el fortalecimiento de las familias, en la creación de oportunidades económicas, en el cultivo de códigos éticos y valores morales, y en otros enfoques que tienen resultados que trascienden a la generación actual. Pero la presión competitiva para demostrar acciones visibles dentro de plazos electorales frecuentes tiende más bien a dirigirse a inversiones en cosas como nuevas cárceles y centros de detención donde esconder la creciente subclase social en muchos países, nuevas mega-escuelas donde almacenar a niños y jóvenes cada vez más alienados, y nuevos grandes almacenes gigantescos para distraer a los ciudadanos con atractivos materiales de corto plazo.

Además, igual que los sistemas políticos competitivos responden ante electorados del presente excluyendo a las generaciones futuras, también responden a los intereses de electorados dentro de límites electorales excluyendo a otros. Este es el problema del espacio –o territorialidad– que es especialmente el caso del nivel del estado o nación debido a la ausencia de un sistema eficiente de gobierno global. Una vez más, esto tiene significativas implicaciones sociales y ecológicas. La naturaleza supranacional de los asuntos ambientales modernos –tales como la destrucción de la capa de ozono, el calentamiento global, la lluvia ácida, la contaminación del agua, y la gestión de especies migratorias– delata la necesidad de niveles de cooperación y coordinación global sin precedentes.²⁸ Sin embargo, los conceptos competitivos de soberanía nacional hacen que el actual sistema internacional sea incapaz de responder a estos imperativos ecológicos. Hoy día, la coordinación transfronteriza se sacrifica por perseguir intereses nacionales porque los profesionales de la política no tienen otra alternativa que atender los intereses de sus propios votantes. La consecuencia es un sistema anárquico de estados compitiendo entre sí por convertir el capital ecológico de largo plazo en capital político de corto plazo.

La cuestión de la territorialidad es igualmente significativa cuando se trata de temas sociales. Los problemas como la pobreza, crimen, explotación de mujeres y niños, tráfico de personas, terrorismo, conflictos étnicos, inmigración ilegal y movimiento de

refugiados no respetan las fronteras nacionales más de lo que lo hacen la mayoría de los problemas ecológicos. Estos problemas no pueden resolverse solo con gobiernos nacionales. Sin embargo las rivalidades políticas que existen dentro de las naciones minan el compromiso efectivo y la coordinación entre ellas. Los competidores políticos atienden a los intereses del electorado de circunscripciones concretas excluyendo a los no votantes que no correspondan a ese electorado. Esto crea un incentivo irresistible para que los competidores políticos de naciones acaudaladas externalicen las peores manifestaciones de esos problemas sociales a naciones más pobres. En consecuencia, a la larga, todos esos problemas tienden a encontrarse y extenderse hasta que de nuevo amenacen los intereses de las naciones acaudaladas. Por ello, el problema del espacio es inseparable del problema del tiempo en las democracias competitivas.

El problema espiritual

Otros problemas relacionados con la política competitiva son menos tangibles pero no menos importantes. El partidismo y la política competitiva tienen su coste espiritual. Una vez más, estos problemas radican directamente de la presunción que subyace al modelo: que la naturaleza humana es esencialmente egoísta y competitiva; que las diferentes personas tienden a desarrollar intereses en conflicto; y que la mejor manera de organizar el gobierno democrático es, pues, a través de un proceso de competición de grupos de intereses. Al organizar los asuntos humanos conforme a estos supuestos, estamos cultivando institucionalmente nuestros instintos más básicos. La Casa Universal de Justicia ha observado que “en la glorificación de los fines materiales, a la vez origen y característica común de todas esas ideologías, es donde se encuentran las raíces con las que se nutre el sofisma de que los seres humanos son incorregiblemente egoístas y agresivos. Es aquí, precisamente, donde debe limpiarse el terreno para construir un nuevo mundo digno de nuestros descendientes”.²⁹

Sin embargo estas expectativas formadas culturalmente no están fundamentadas sólidamente en las ciencias sociales y del comportamiento. En estos campos, el consenso emergente es que los seres humanos tienen el potencial de desarrollo de tanto el egoísmo como el altruismo, la competencia como la cooperación, y que en función de nuestro entorno cultural vamos a realizarnos más plenamente en uno de estos dos potenciales.³⁰ Esta opinión suena también familiar en muchas de las tradiciones filosóficas y religiosas del mundo. Las metáforas que aluden a la naturaleza “inferior” y “superior”, o a la naturaleza “material” y “espiritual” transmiten esta visión, igual que lo hace el concepto oriental de “iluminación”. Sin embargo, al contrario de la teoría y la práctica de la política competitiva, el impulso que subyace a estas tradiciones filosóficas y religiosas ha sido la de cultivar estas dimensiones más cooperativas y altruistas de la naturaleza humana.

La naturaleza incívica de buena parte del discurso partidista, aludido al principio de este artículo, es un subproducto de esta inversión de prioridades materiales y espirituales. Cuando la búsqueda del interés personal llega a entenderse como virtud, y se desprecia el altruismo como idealismo inocente, no es de sorprender que la política se convierta en un terreno poco cívico. A este respecto, la realidad de la política partidista se describe mejor con metáforas de guerra que con las metáforas de mercado mencionadas antes. Al fin y al cabo, una *campaña* es un término militar, no un término de mercado. Igual que las campañas militares, las campañas políticas son caras. Los candidatos amasan “*financiación para la campaña*” al prepararse a

“luchar” las “batallas” electorales. En una edad de espectáculos de medios de masa y política de eslóganes, esto se traduce en un ciclo creciente de publicidad negativa, insultos e injurias, a medida que las campañas políticas y los debates se convierten en una “guerra de palabras” conducida desde “posiciones atrincheradas”.

En el terreno abstracto, el debate trata sobre ideas en vez de personas. Sin embargo en la práctica la estructura competitiva del sistema borra la línea que pudiera existir entre las ideas y la gente, porque si no prevalecen tus ideas tampoco sobrevive tu carrera política. Por ello, el debate político se desliza fácilmente hacia el cenagal del egoísmo y el incivismo. Mientras tanto, en los laterales del terreno, el público se va volviendo cada vez más cínico y desencantado, lo cual es otro coste espiritual más de este sistema.

Finalmente, las democracias competitivas requieren gastos elevados ya que dividen en vez de unir segmentos susceptibles del público. Cualquier proceso que rutinariamente produce ganadores y perdedores en una población es divisorio. Cuando el gobierno se estructura como un proceso de competencia de grupos de interés, la búsqueda de intereses materiales se vuelve más importante que el cultivo de relaciones sociales mutuas. Además, la formación de los partidos políticos, que requiere la agregación arbitraria de intereses distintos y muy variados, conduce a la construcción artificial de bandos de identidad de confrontación que se vuelven cada vez más atrincherados y rígidos con el paso del tiempo. Consideren, por ejemplo, el sistema bipartidista americano con sus bandos de “izquierda versus derecha” o “liberal versus conservador”. En realidad, la vida colectiva americana se caracteriza por innumerables problemas complejos, cada uno de los cuales puede verse desde múltiples perspectivas. Sin embargo, para montar una batalla política manejable, los dos partidos políticos dominantes reducen todos los grandes problemas a simples conflictos binarios y luego agregan posiciones en conflicto sobre cada uno de los diferentes problemas en dos super-terrenos opuestos. Con el tiempo, esta agregación artificial ha empezado a parecerle natural a mucha gente. Además, algunos segmentos de la población que inicialmente se identificaban fuertemente con uno o dos posiciones concretas en un terreno dado han empezado a asumir otras posiciones agregadas por simple asociación. El resultado es que personas diversas, que no se dividen en terrenos opuestos sencillos de manera natural, acaban con el tiempo separándose en dichos campos – un proceso que puede verse acelerado por políticos astutos que convierten ciertos “problemas candentes” con carga emocional en los centros de sus campañas en un esfuerzo por crear e imponer lealtades partidistas. Las divisiones sociales resultantes son otros costes espirituales de la democracia competitiva.

Una alternativa a la política competitiva

Winston Churchill dijo una vez que “la democracia es la peor forma de gobierno – a excepción de todas las demás formas que ya se han probado”.³¹ Más concretamente, esta afirmación describe la democracia competitiva porque es la única forma de democracia que se ha probado hasta la fecha, como modelo de gobierno de estado. En línea con la idea de Churchill, los apologistas defienden el sistema prevaleciente con el argumento de que es la alternativa más racional para la tiranía o la anarquía. Los problemas inherentes al sistema de competencia política sencillamente se aceptan como “males necesarios”. Todos los sistemas de gobierno son imperfectos, dice el argumento, y la democracia competitiva es lo mejor que podemos hacer.

Sin embargo, este argumento viene precedido de la presunción errónea de que los procesos de innovación social han llegado a su fin. Según esta tesis del “*fin de la historia*”, los experimentos sociales que han caracterizado a buena parte de la historia humana finalmente se han agotado y han emergido los modelos liberales occidentales como los únicos modelos viables de organización social”.³² Sin embargo se trata de una tesis enteramente insostenible. De hecho sería más plausible afirmar que la historia de la humanidad como especial singular e interdependiente, habitando una patria común, está sólo comenzando ahora. Bajo condiciones de creciente interdependencia, provocadas por nuestro éxito reproductor y tecnológico como especie, apenas hemos empezado a experimentar con modelos sostenibles y justos de organización social.

Los procesos de innovación social claramente no han llegado a ningún final. Basta el ejemplo de la comunidad internacional bahá’í para ilustrar este punto. La comunidad bahá’í es un enorme laboratorio social en el que está emergiendo un nuevo modelo de organización social. La comunidad es un microcosmos de toda la raza humana, con más de cinco millones de miembros, procedentes de más de 2000 orígenes étnicos y residentes en prácticamente todas las naciones del planeta. Esta comunidad diversa ha construido un sistema original de asambleas elegidas democráticamente que gobiernan los asuntos bahá’ís internacionalmente, nacionalmente y localmente por todo el planeta.³³ Significativamente, en muchas partes del mundo, los primeros ejercicios de actividad democrática han tenido lugar dentro de estas comunidades bahá’ís.

El sistema electoral bahá’í es completamente no partidista y no competitivo. Resumidamente, todos los miembros adultos de una comunidad son elegibles y todo miembro tiene el deber recíproco de servir si sale elegido. Al mismo tiempo, las nominaciones, campañas y toda forma de pedir votos están prohibidas. Los votantes sólo se guían por su propia conciencia al ejercer auténtica libertad de elección al votar a aquellos que crean que mejor encarnan las cualidades de capacidad reconocida, experiencia madura y servicio abnegado a los demás. Mediante un recuento por pluralidad de votos, las nueve personas que reciban más votos son llamadas a servir como miembros de la asamblea gobernante.³⁴

Como nadie busca ser elegido, las elecciones no son un camino al poder ni al privilegio. Al contrario, las elecciones son un llamamiento al servicio y los elegidos sacrifican su tiempo y energía, y a menudo sus aspiraciones profesionales, a petición de la comunidad. Por principio, y también porque no hay incentivo, nadie procura ganarse la atención de los demás ni pide los votos de ninguna forma. De hecho, los bahá’ís interpretan la petición de votos como un indicador de egoísmo y de una falta de adecuación para servir.

Todas las tomas de decisiones dentro de estas asambleas se conducen, a su vez, bajo la guía de principios consultivos que permiten que la toma de decisiones sea un proceso unificador en vez generador de división. Estos principios incluyen esforzarse por entrar en el proceso sin posturas ni plataformas preconcebidas; considerar la diversidad como un patrimonio valioso, y pedir a los demás que compartan sus opiniones, preocupaciones y experiencia; esforzarse por trascender las limitaciones del ego y su propia visión personal; procurar expresarse con cuidado y moderación; intentar elevar el contexto de la toma de decisiones al ámbito de los principios generales; y buscar el consenso pero resolver con el voto de la mayoría cuando sea necesario.³⁵

A diferencia de los sistemas competitivos en los que las personas encargadas de adoptar decisiones tienen que navegar continuamente entre las exigencias del electorado, los que financian las campañas, los grupos de presión y los activistas, el sistema bahá'í está protegido de los grupos de presión externa y otras presiones que pretendan influir en las decisiones. Esto se consigue de dos formas. Primero, como se ha mencionado antes, los que han sido elegidos a las asambleas no buscan ser elegidos y no tienen interés en la reelección. Los miembros elegidos no son empresarios políticos que buscan acumular o retener capital político, y no existen oportunidades de financiación de campañas porque no hay campañas. En segundo lugar, los miembros elegidos deciden los asuntos mediante la aplicación de principios, conforme al impulso de su propia conciencia (una de las principales cualidades por las que fueron elegidos), y no según los dictados o presiones de grupos de interés en competición. A este respecto, se espera que los miembros elegidos sopesen todas sus decisiones conforme a principios, incluso si esto implica dejar a un lado los beneficios locales inmediatos o de corto plazo por el bienestar de pueblos distantes o generaciones futuras.³⁶

Así, el sistema electoral bahá'í no encarna ni una competición ni la búsqueda del poder. Como nadie procura ser elegido, no existe el concepto de “*ganar*”. Al mismo tiempo, el proceso electoral continúa siendo eminentemente democrático. Este modelo ha estado en uso durante más de tres cuartos de siglo dentro de la comunidad bahá'í, la cual, a medida que crece en capacidad y prominencia, atrae cada vez más la atención de los observadores externos.³⁷

Más allá de la hegemonía de la competición política

Como ilustra el ejemplo de la comunidad bahá'í, los procesos de innovación social claramente no han llegado a su fin. Dados los problemas inherentes a los sistemas partidistas, además de su creciente coste social y ecológico, ¿por qué las poblaciones democráticas no están activamente buscando alternativas a la competición política? Para responder a esta pregunta viene bien un poco de contexto histórico. Las formas actuales de democracia competitiva surgieron del pensamiento de las clases políticas emergentes al principio de la revolución industrial. Estas clases políticas emergentes buscaban eliminar el poder absoluto de la aristocracia. La democracia competitiva convenía a los intereses de estas clases porque terminaba con el poder absoluto mientras, al mismo tiempo, seguía favoreciendo a los que tenían riqueza y poder. Esto abría las puertas del gobierno a los mercaderes y latifundistas y a otras personas con medios, mientras limitaba la influencia de los de las clases más bajas.

Aunque la transición a la democracia competitiva se caracterizó por la revolución violenta y amenazas de revolución en muchos países, la fuerza de las ideas desempeñó un potente papel en fomentar estas transiciones, y una vez que se establecieron los sistemas de competición política tuvo un papel incluso más potente en promoverlos y sustentarlos. Esto fue posible porque las mismas clases políticas que se beneficiaban más del modelo de competición ocupaban cada vez más las posiciones de hegemonía cultural, como estadistas, escritores, filósofos, educadores, etc., mediante las cuales, ya sea de forma consciente o inconsciente, pudieron cultivar y sostener las presunciones sobre la naturaleza humana y la organización social que subyacen al modelo de competición.

El teórico italiano Antonio Gramsci describió esta forma de influencia cultural con notable perspicacia en la primera mitad del siglo XX.³⁸ Su concepción de hegemonía ha entrado en el léxico de los teóricos culturales por todo el mundo y proporciona un marco útil para la comprensión de la aparición y perpetuación de estos modelos de competencia. En pocas palabras, Gramsci tomó prestado el término hegemonía, que tradicionalmente se refería al dominio geopolítico de algunos estados sobre otros, y lo refundió para referirse al dominio cultural de unas clases sociales sobre otras. Gramsci señaló que la hegemonía geopolítica, que generalmente se alcanza y se mantiene mediante la fuerza, es un objetivo obvio de resistencia por parte de las poblaciones oprimidas, por lo que es relativamente difícil de mantener durante largo tiempo. La hegemonía cultural, por otra parte, se alcanza y se mantiene mediante el cultivo de sistemas de creencia de “*sentido común*” que son menos visibles y que en consecuencia generan menos resistencia. En otras palabras, si unos grupos sociales privilegiados pueden naturalizar el orden social existente en la mente de los grupos subordinados, éstos inconscientemente consentirán su propia subordinación.

Un ejemplo de esto puede verse en la tradicional exclusión de las mujeres de muchos terrenos de la vida pública. Esta exclusión se vio reforzada por el cultivo de nociones de “*sentido común*” sobre el papel “*apropiado*” de las mujeres en la sociedad. Claro, no todas las mujeres aceptaban estas nociones y muchas lucharon contra ellas. Sin embargo, sorprendentemente, muchas mujeres sí aceptaron estas nociones, tal como lo demuestran las mujeres que se organizaron para oponerse a los movimientos sufragistas con la convicción de “*sentido común*” (entre otras) de que la pureza moral de las mujeres se vería comprometida con su entrada en la vida pública y que toda la estructura social resultaría así debilitada.³⁹

La teoría de hegemonía cultural también sirve para explicar el amplio consentimiento dado a los sistemas prevalecientes de democracia competitiva. Consideren de nuevo las presunciones sobre las que se sostiene este sistema: que la naturaleza humana es esencialmente egoísta y competitiva; que las diferentes personas desarrollan intereses en conflicto; y que la mejor forma de organizar el gobierno democrático es a través de un proceso de competición entre grupos de interés. Estas presunciones de “*sentido común*” se han convertido en parte de la opinión mundial –aunque no sirven a los intereses de la mayoría de la gente. Estas presunciones se cultivan en clases cívicas y cursos de ciencia política dentro de nuestros sistemas educativos; se cultivan en nuestros sistemas de medios de masas; y se cultivan a través de formas institucionalizadas de comportamiento competitivo que estructuran la actividad de nuestros sistemas políticos, legales y económicos. Pero todos estos sistemas son invenciones culturales que encarnan los valores intereses y creencias de las clases políticas privilegiadas que las construyeron.

No se pretende sugerir con esto una conspiración consciente por parte de los que se benefician del orden social existente. Este orden a menudo parece natural e inevitable para los que se benefician de él porque la gente tiende a tener una afinidad inconsciente por las ideas que promueven sus propios intereses.⁴⁰ Cuando estas personas también provienen de grupos sociales educados y adinerados que controlan los medios de producción cultural (es decir, la educación, los medios de comunicación y otras instituciones), es muy natural que acaben cultivando, en la población general, creencias por las que ellas mismas tienen una afinidad natural e inconsciente. De hecho, los miembros de estos grupos sociales influyentes pueden estar actuando con la motivación más sincera al contribuir a este proceso de cultivo, porque pueden haber llegado a creer que el orden social existente beneficia a todos de la misma manera que

les beneficia a ellos. El resultado, sea intencionado o no, es una forma poderosa de hegemonía cultural.

¿Cómo puede entonces una población trascender los límites de su consciencia estructurada socialmente? Además, ¿cómo puede ocurrir esto de forma que no resulte en más conflicto –el cual sólo reforzaría las presunciones sobre la naturaleza humana y el orden social, las cuales subyacen al sistema prevaleciente de competición política y lo promueven? La metáfora de un juego puede servir para responder a estas preguntas. Las instituciones culturales –al igual que nuestro sistema de democracia competitiva- puede entenderse como “*juegos*” que operan según una serie concreta de “*reglas*”.⁴¹ Las reglas de la democracia competitiva aseguran no solo que habrá ganadores y perdedores, sino que los jugadores más poderosos tengan más probabilidad de ganar. Cuando jugadores menos poderosos acceden a unirse a este juego, están consintiendo jugar con reglas que tienden a promover su propia derrota. Las estrategias de enfrentamiento del cambio social concuerdan con estas reglas de competición. Legitiman el viejo juego al mismo tiempo que aseguran que los jugadores más poderosos sigan prevaleciendo dentro de él.⁴²

Sin embargo existe otra estrategia. Consiste en restar tiempo y energía del viejo juego para construir uno nuevo. Lo único que perpetúa el viejo juego es el hecho de que la mayoría de la gente consiente las reglas. Si otro juego resulta más atractivo (es decir, demuestra mayor justicia social y sostenibilidad ambiental), entonces empezará a atraer a un número creciente de personas (es decir, la mayoría de la gente cuyos intereses y valores no se ven atendidos por el viejo juego). Si bastantes personas dejan de jugar con las viejas reglas y empiezan a jugar con las nuevas, el viejo juego dejará de existir no mediante la protesta y el conflicto, sino por desgaste.

Se trata de una estrategia de *construcción, atracción y desgaste*. Es completamente contraria al enfrentamiento y reconcilia el medio de cambio social con los fines de un orden social pacífico, justo y sostenible. El cambio social no requiere vencer a los opresores ni atacar a los que más se aprovechan de las reglas antiguas. En lugar de ello, requiere que reconozcamos la naturaleza hegemónica del viejo juego, que evitemos gastar en él nuestro tiempo y energías, y que invirtamos ese tiempo y energías en la construcción de uno nuevo.

Un número creciente de personas está empezando a reconocer esto de manera intuitiva. Modelos electorales no partidistas y de toma de decisión están empezando a emerger en muchos sectores, mediante experimentos de cambio social constructivos. La mayoría de esos experimentos están todavía por debajo de los radares de los numerosos observadores políticos porque las organizaciones no gubernamentales, en vez de los estados, han tomado la delantera en esto. Sin embargo esos modelos emergentes constituyen importantes experimentos sociopolíticos.

Una vez más, el ejemplo de la comunidad internacional bahá'í es orientativo. Los bahá'ís creen que los modelos partidistas de gobierno se han vuelto anacrónicos y problemáticos en una era de creciente interdependencia global. Sin embargo los bahá'ís no contradicen ni atacan los sistemas partidistas existentes. Al contrario, los bahá'ís expresan lealtad y obediencia a cualquier sistema de gobierno en el que vivan y ejercen sus responsabilidades cívicas para votar dentro de las sociedades que lo permitan. Al mismo tiempo, los bahá'ís evitan la participación activa en la política de partidos para, en lugar de ello, centrar sus energías en la construcción de un sistema alternativo de gobierno que ofrecen como modelo de estudio para otros. Experiencias como éstas ofrecen experimentos que están teniendo lugar de forma natural, que

haríamos bien en hacerles un seguimiento y conocerlos mejor –o incluso participar en ellos.

Conclusión

El sistema prevaleciente de democracia competitiva se está mostrando como injusto e insostenible en una era de creciente interdependencia global. Pero este sistema no es reparable porque sus problemas se encuentran en sus más profundas presunciones internas. La influencia corruptora del dinero, la exclusión de perspectivas de diversidad, la incapacidad de resolver problemas complejos, los horizontes de planificación de corto plazo, la falta de coordinación transfronteriza, el surgimiento de la mezquindad y la falta de civismo, el agravamiento de las divisiones sociales, el cultivo del cinismo público y el desencanto, y el efecto general de corrosión del espíritu humano – éstas son la culminación de este sistema, el amargo fruto inherente a sus semillas.

“¿Hasta cuándo persistirá la humanidad en su descarrío?” pregunta Bahá’u’lláh. “¿Hasta cuándo continuará la injusticia? ¿Hasta cuándo reinarán el caos y la confusión entre los hombres? ¿Hasta cuándo agitará la discordia la faz de la sociedad? Los vientos de la desesperación, lamentablemente, soplan desde todas direcciones, y la contienda que divide y aflige a la raza humana crece día a día.”⁴³

La democracia competitiva ha llegado a ser un anacronismo costoso. ¿Hasta cuándo las poblaciones que soportan estos costes van a seguir viviendo en un estado de negación? Es hora de pasar página. La historia no ha hecho más que empezar.

NOTAS

-
- ¹ Daniel Bell, *The End of Ideology* (Cambridge, ma: Harvard University Press, 1988).
 - ² Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (New York: Simon & Schuster, 1996).
 - ³ Véase, por ejemplo, Joseph Stiglitz, *Globalization and its Discontents* (New York: WW Norton, 2002); Jeffrey Frieden, *Global Capitalism* (New York: W.W. Norton, 2006); John Cavanagh, *Alternatives to Economic Globalization* (San Francisco: Berrett-Koehler, 2002); Naomi Klein, *No Logo* (New York: Picador, 2002); David Korten, *When Corporations Rule the World* (West Hartford, CT: Kumarian Press, 1995).
 - ⁴ Este artículo se deriva en parte del libro ya publicado del autor, titulado, *Beyond the Culture of Contest: From Adversarialism to Mutualism in an Age of Interdependence* (Oxford: George Ronald, 2004). La editorial ha autorizado que se cite y extraiga cierto número de secciones de dicho libro para este artículo.
 - ⁵ Bahá’u’lláh, *Gleanings from the Writings of Bahá’u’lláh* (Wilmette, IL: Bahá’í Publishing Trust, 2005), section CX.
 - ⁶ Véase, por ejemplo, Deborah Tannen, *The Argument Culture* (New York: Random House, 1998).
 - ⁷ Norman Orstein, “Introduction,” en *Lessons and Legacies: Farewell Addresses from the Senate* (Reading, ma: Addison-Wesley, 1997), p. xi.
 - ⁸ Howell Heflin, “Farewell Address,” en *Lessons and Legacies*, p. 79.
 - ⁹ Paul Simon, “Farewell Address,” en *Lessons and Legacies*, p. 172.
 - ¹⁰ James Exon, “Farewell Address,” en *Lessons and Legacies*, p. 57.
 - ¹¹ Tannen, p. 96.
 - ¹² *Ibid.*, pp. 96-100.

-
- ¹³ Jane Mansbridge, *Beyond Adversary Democracy* (Chicago: The University of Chicago Press, 1980).
- ¹⁴ Bahá'u'lláh, *Gleanings*, section cxii.
- ¹⁵ Véanse discusiones sobre este tema en Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (New York: Harper, 1976) and Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy* (New York: Harper and Row, 1965).
- ¹⁶ Vaughan Lyon, “Green Politics: Parties, Elections, and Environmental Policy,” *Canadian Environmental Policy: Ecosystems, Politics, and Process*, ed. Robert Boardman (Toronto: Oxford University Press, 1992), p. 129.
- ¹⁷ David Held, *Models of Democracy*, 2nd ed. (Stanford: Stanford University Press, 1996), p. 170.
- ¹⁸ Sydney Blumenthal, *The Permanent Campaign* (Boston: Beacon, 1980).
- ¹⁹ Véase, por ejemplo, Eleanor Clift and Tom Brazaitis, *War without Bloodshed The Art of Politics* (New York: Touchstone, 1997).
- ²⁰ Frank Ackerman, *The Political Economy of Inequality* (Washington, DC: Island Press, 2000); Isaac Shapiro and Robert Greenstein, *The Widening Income Gulf* (Washington, DC: Center on Budget and Policy Priorities, 1999); Albert Fishlow and Karen Parker, *Growing Apart: The Causes and Consequences of Global Wage Inequality* (New York: Council on Foreign Relations Press, 1999); Stephen Haseler, *The Super Rich: The Unjust New World of Global Capitalism* (New York: St. Martin's Press, 1999).
- ²¹ Lester Brown, Christopher Flavin and Hilary French, eds., *State of the World 2000: A Worldwatch Institute Report on Progress toward a Sustainable Society* (New York: W.W. Norton & Company, 2000); David Suzuki and Holly Jewell Dressel, *From Naked Ape to Superspecies: Humanity and the Global Eco-Crisis* (Vancouver: Greystone Books, 2004); Lester Brown, Michael Renner, Linda Starke and Brain Halweil, eds., *Vital Signs 2000: The Environmental Trends That Are Shaping Our Future* (New York: Norton, 2000).
- ²² Para una visión general del problema de las externalidades, véase James A. Caporaso and David P. Levine, *Theories of Political Economy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), pp. 89-92.
- ²³ Véanse, por ejemplo, propuestas en Henk Fotmer, ed., *Frontiers of Environmental Economics* (Cheltenham, UK: Edward Elgar, 2001); Thomas Aronsson and Karl-Gustaf Lofgren, *Green Accounting and Green Taxes in the Global Economy* (Umea: University of Umea, 1997); y Robert Repetto, *Green Fees: How a Tax Shift Can Work for the Environment and the Economy* (Washington, DC: World Resources Institute, 1992).
- ²⁴ Véanse, por ejemplo, Michael Heiman, *Race, Waste and Class* (Oxford: Blackwell, 1996); Joan Nordquist, *Environmental Racism and the Environmental Justice Movement: A Bibliography* (Santa Cruz, CA: Reference and Research Services, 1995); Jonathan Petrikin, *Environmental Justice* (San Diego, CA: Greenhaven Press, 1995); Robert Bullard, ed., *Confronting Environmental Racism: Voices from the Grassroots* (Boston, ma: South End Press, 1993).
- ²⁵ Jean Blondel, *Political Parties: A Genuine Case for Discontent?* (London: Wildwood House, 1978), pp. 19-21.
- ²⁶ Janice Moulton, “A Paradigm of Philosophy: The Adversary Method,” in *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*, Sandra Harding and Merrill Hintikka, eds., (Boston, MA: Kluwer Boston, 1983); Robin Lakoff, *Language and Woman's Place* (New York: Harper & L Row, 1975).
- ²⁷ Moulton, “Adversary Method”; Lakoff, *Language and Woman's Place*.
- ²⁸ World Commission on Environment and Development, *Our Common Future* (Oxford: Oxford University Press, 1987).
- ²⁹ The Universal House of Justice, *The Promise of World Peace* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1985), p. 7.
- ³⁰ Para una declaración conjunta de este consenso por una asamblea internacional de científicos sociales y del comportamiento, véase Seville “Statement on Violence, May 16, 1986,” en *Medicine and War 3* (1987). Véase también discusiones en Signe Howell and Roy Willis, “Introduction,” en *Societies at Peace: Anthropological Perspectives*, Signe Howell and Roy Willis, eds., (London: Routledge, 1989); Richard Leakey and Roger Lewin, *Origins: What New Discoveries Reveal About the Emergence of Our Species* (London: MacDonald & Jane's, 1977); Gary Becker, “Altruism, Egoism, and Genetic Fitness: Economics and Sociobiology,” *Journal of Economic*

-
- Literature 14.3* (1976); Howard Margolis, *Selfishness, Altruism, and Rationality* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982); Stefano Zamagni, ed., *The Economics of Altruism* (Aldershot, England: Edward Elgar Publishing, 1995); Teresa Lunati, "On Altruism and Cooperation," en *Methodus 4*, (December 1992); Robert Axelrod, *The Evolution of Cooperation* (New York: Basic Books, 1984); Theodore Bergstrom and Oded Stark, "How Altruism Can Prevail in an Evolutionary Environment," en *American Economic Review, Papers, and Proceedings* 83.2 (1993); Steven Rose, RC. Lewontin, and Leon Kamin, *Not in Our Genes: Biology, Ideology, and Human Nature* (New York: Penguin, 1987); John Casti, "Cooperation: The Ghost in the Machinery of Evolution," en *Cooperation and Conflict in General Evolutionary Processes*, John Casti and Anders Karlqvist, eds., (New York: John Wiley and Sons, 1994); Alfie Kohn, *The Brighter Side of Human Nature: Altruism and Empathy in Everyday Life* (New York: Basic Books, 1990).
- ³¹ Winston Churchill, House of Commons, November 1947.
- ³² Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (New York: Avon Books, 1993).
- ³³ Bahá'í World Centre, *The Bahá'í World 1996-97* (Haifa: World Centre Publications, 1998).
- ³⁴ Para más detalles sobre las prácticas y los principios electorales bahá'ís, véase *Bahá'í Elections: A Compilation* (London: Bahá'í Publishing Trust, 1990).
- ³⁵ Para más detalles sobre prácticas y principios consultivos bahá'ís, véase *Consultation: A Compilation* (Wilmette, IL: Bahá'í Publishing Trust, 1980).
- ³⁶ Véase, por ejemplo, discusiones sobre estos temas en Bahá'í International Community United Nations Office, *Prosperity—an Oral Statement Presented to the Plenary of the United Nations World Summit for Social Development* (Copenhagen, Denmark: 1995); see also the BIC UNO, *Statement on Nature* (New York: 1988).
- ³⁷ United Nations Institute for Namibia, *Comparative Electoral Systems & Political Consequences: Options for Namibia*, Namibia Studies Series no. 14, N.K. Duggal, ed., (Lusaka, Zambia: United Nations, 1989), pp. 6-7.
- ³⁸ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Quinron Hoare and Geoffrey N. Smith, eds., (New York: International Publishers, 1971).
- ³⁹ Robert Cholmeley, *The Women's Anti-Suffrage Movement* (London: National Union of Women's Suffrage Societies, 1970); Jane Adams, "Better Citizens without the Ballot: American Anti-Suffrage Women and Their Rationale During the Progressive Era," en *One Woman, One Vote: Rediscovering the Woman Suffrage Movement*, Marjorie Wheeler, ed., (Troutledge, OR: New-Sage Press, 1995).
- ⁴⁰ Véase, por ejemplo, el concepto de afinidad electiva articulado en Max Weber, *From Max Weber: Essays in Sociology*, H.H. Girth and C. Wright Mills, trans., (Oxford: Oxford University Press, 1946), pp. 62-63 and 284-85. See also W. Clement, *The Canadian Corporate Elite: An Analysis of Economic Power* (Ottawa: McClelland and Stewart, 1975), pp. 92 and 283-84.
- ⁴¹ Véase, por ejemplo Ludwick Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, G. Anscombe, trans., (Oxford: Basil Blackwell, 1974); Raymond Cohen, *International Politics: The Rules of the Game* (London: Longman, 1981); J.S. Ganz, *Rules: A Systematic Study* (Pans: Mouton, 1971).
- ⁴² Para una discusión más profunda de este problema, véase Michael Karlberg, "The Paradox of Protest in a Culture of Contest," en *Peace & Change*, 28 (2003), pp. 329-51.
- ⁴³ Bahá'u'lláh, *Gleanings*, sección CX.